

QUIMERA, DEBER, POBREZA, ESPERANZA Y DIOS

El pensamiento moderno está absolutamente incapacitado para ser humano porque cercena la persona en sí misma. Es irreal, es ideológico; no es libre, es cerrado; no es humano, es materialista; no es racional, tiene fe en sus antojos; no es moral porque es inhumano; no es objetivo, sino autista; no es de Dios porque es irreal, esclavo, materialista, dogmático en sus prejuicios, e infrahumano y auto-aherrojado. Pero además es vano y loco: se considera el valor supremo, se porta como un dios haciendo el ridículo y sufriendo la humillación de ser un trozo de lodo.

Si no sabe lo que es una persona -pues la confunde con la biología, con las hormonas, con la física-, y si la analiza con la pesa o la balanza, nada se puede esperar de semejante engendro. Y la palabra que más emplea de modo absolutamente irracional e irreal es la palabra "libertad" sin ningún contenido objetivo ni racional. Con esa palabra lo cubre todo: tanto que te rompan la cabeza como que te tiren de la torre.

En otro artículo de este apartado (creo que se titula "La causa de los males es moral"), se muestra la quimera moral como la esencia más profunda de nuestro ser natural (que no animal). En él se narra, al principio, bastante bien la importancia de la quimera moral como esencial al hombre. Y además se propone un texto (al que habría que añadir cincuenta-mil) que muestra en la realidad viva la existencia de tal quimera, alma de nuestra alma.

En este momento vamos a proponer otro texto que implica la existencia de la adecuación de la vida humana a esa meta mediante el heroísmo de las virtudes que la encarnan. La quimera moral necesita ser encarnada en la realidad viva. Es trascendente a la limitación propia de la simple naturaleza biológica y zoológica.

Pero el texto que proponemos es sobre el nacimiento del vicio, y por él descubrimos, la quimera, que mora en la mente del escritor, y que le hace juzgar, el barranco en que se abisman los espíritus enfermos.

“Al principio más estrago que la avaricia hizo en aquellos ánimos la ambición, que, aunque vicio, no dista tanto de la virtud, porque el bueno y el malo desean para sí igualmente la gloria, el honor, el mando. La diferencia está en que aquél se esfuerza a conseguirlo por el camino verdadero; éste, como se halla destituido de mérito, pretende por rodeos y engaños. La avaricia, al contrario, consiste en afición y deseo de dinero, que ningún sabio apeteció jamás; y este vicio, como empapado en mortal veneno, afemina el cuerpo y el ánimo de los varones fuertes, es siempre insaciable y sin término, ni se disminuye con la escasez ni con la abundancia”.

Texto glorioso que no ha de servir para hacer entrechocar frases y palabras, ideas y realidades, ha de servir para observar el ánimo, el instinto más humano que está inscrito en lo más hondo de nosotros. Nosotros sólo vivimos para la quimera que aparece como crepúsculo en todos los ánimos grandes, y como mañana soleada en los cristianos de raza crucificada. Un cristiano si algo es, es un cazador de quimeras, que desea vivamente, la batalla por la gloria. ¡Qué pena si falta lo que echa en falta Cayo Suetonio en los pobres romanos engañados por la fortuna que les dio regalos que sólo engañan a los míseros; ¡Los grandes quiméricos, no se rinden nunca ante: ni la gloria, ni el poder, ni el placer, ni el dinero; Por eso sin cruz, nunca habrá ya gloria, sino becerrada, muy amaestrada. ¡Aquí está la clave y la esencia humana! El bien -mal entendido- es nuestro peor enemigo.

Nada de esto entiende la única bestia consciente (que propiamente no existe, pues la que por tal

pasa no es otra cosa que un hombre perverso, que siempre es un hombre sin Dios y sin gloria). Dios es la quimera real, que ha querido brindarnos su Reino, su Cielo. Sin Cielo no hay tierra. Sin Dios no hay ateo, y agnóstico, menos. ¡Qué mal que les cae, siempre están perdiendo, nosotros ganamos siempre! ¡Nunca ganan nada, los pobres, qué pobres!

La pobreza es la reina que facilita y abre el dominio y el señorío humano de las riquezas y de las artes, del oro y de los tesoros. Sólo el pobre puede ser rico, sólo el hombre cargado de quimeras, puede conquistar el mundo porque tiene fuerza superior para tratarlo como barro donde se refleja Dios. El hombre grande no puede dejarse aplastar por la tierra sino que ha de gobernalla, dominalla, y ponella como estrado de sus pies. El hombre grande necesita la tierra para emplearla, para invertirla, para convertirla en sólo crepúsculo de algo divino.

La ambición que nuestro autor considera como vicio, no lo es tal, aunque entiendo que él lo vea así por haberse dejado embadurnar por el mando, que no es nada, es nada más que un servicio, lo mismo que la tierra y su riqueza que acabamos de mostrar con la clave de pobreza.

La ambición es universal también, siempre y cuando la persona, tenga también una quimera que le permita ver claro que las grandezas de muchos hombres juntos y el honor son cosas de nuestra tierra.

Suetonio es muy sincero, pero no se conoce muy bien. Suetonio si conociera los perfiles de un gran Dios, creador de Cielo y tierra, entendería El Imperio universal como concepto primero. Y los cristianos, malditos, si han arrebatado a Dios el dominio de su amor, de su ciencia y fortaleza, y la han tirado al suelo, haciendo de su miseria una hipócrita pobreza o una humildad infame que nos arranca la gloria de ser de Dios fortaleza.

La quimera al fin y el cabo es reverbero divino, Dios en el alma riela, y alza en olas que se atreven con el cielo. La quimera es Dios que dado, pretende ser recibido en el ánimo que henchido vuela sin miedo.

La quimera es fortaleza, (nada de debilidad ni de fe de pegatina), la quimera es fuerza viva, la quimera es el alma convertida en llama viva, alma con alas, alma con ciencia, alma volcánica, alma con gracia, alma que canta, alma que manda, alma que puede hacerse con todo cuanto de Dios mismo procede. (La modernidad es pacata sólo mata la esperanza, mata todo cuanto encuentra, ni es cristiana ni pagana, es la nada ensangrentada).

El alma de quimera es el alma que no quiere las riquezas sino la riqueza entera, de los cielos y la tierra. El alma de quimera no quiere mandar en plaza porque quiere el mundo entero y aun él le queda estrecho.

Por eso, que me perdone Suetonio. Lo que arruinó la virtud primera de Roma, fue la falta de verdadera ambición, y la falta de afán, y de hacerse con Dios mismo. Confundi6 la riqueza con mil seiscientos sestercios multiplicados sin fin: siempre son pocos. Hacen falta muchos más: los capitales de todos. La envidia es muy buena, pero hace falta hacerla mayor hasta envidiar a Dios mismo, para hacerse el hombre con Él ya que quiso fuese ello así.

Por eso el Cristianismo será siempre de los ricos, de los ambiciosos, de los que lo quieren todo, y los cristianos sabrán donde ese tesoro encontrar. Y si esto no supieran es que cristianos no son.

Es por eso por lo que la quimera siempre busca el heroísmo, la fuerza, la violencia del bien, que no tolera ya que el mal, -maligno con bondad parcial- campee chantajeando con el bien como

montera. El mal siempre quiere triunfar en nombre de un bien parcial; ese bien es un gran mal.

Si quiere ser infiel, va a ser en nombre de su capricho hormonal. Si quiere matar va a ser en nombre de eliminar un estorbo. Si quiere dominar a las pobres gentes, en nombre de la libertad de expresión. Si quiere aplastar las masas ingenuas de obreros manuales, en nombre de la justicia. El mal será comunista, socialista, masón, protestante, y cristiano sin santidad de donación a Dios sin cesar.